



FACULTAD DE TEOLOGÍA
SAN VICENTE FERRER

ANNALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA
Nueva Serie. Año III 2016 Núm. 6

ÍNDICE

Pág.

José Ramón López de la Osa González Presentación	219
Jesús García Trapiello Elementos de origen mítico en el culto cristiano	223
Enrique Mena Salas La casa de Pablo en Roma según Hch 28,16.30. Aproximación a su probabilidad histórica	253
Santiago Bohigues Fernández “Los pobres serán evangelizados” (Lc 7,28). Reflexiones sobre la redistribución del clero en España	311
Antonio Mestre Sanchis Los Borrull, una saga de políticos valencianos del siglo XVIII	331
Fernando Serrano Pelegrí Antecedentes de la Ley General de Educación de 1970. El caso de los centros educativos diocesanos	363
Fernando Chica Arellano Palabras y gestos en el ministerio pastoral y evangelizador del Papa Francisco	381
Manuel Ureña Pastor Ecología física y ecología humana a la luz de la carta encíclica del Papa Francisco, <i>Laudato si'</i>	419
Hyacinthe Destivelle Les documents adoptés par le Saint et Grand Concile de l’Eglise Orthodoxe (Crète, 19-26 juin 2016)	435
Memoria Académica del Curso 2015-2016	467
Recensiones	491
Publicaciones recibidas	503
Índice del Volumen III (2016)	513

ESCRITOS
DEL VEDAT

ECOLOGÍA FÍSICA Y ECOLOGÍA HUMANA A LA LUZ DE LA CARTA ENCÍCLICA DEL PAPA FRANCISCO, *LAUDATO SI'**

*Mons. Manuel Ureña Pastor***

RESUMEN

El propósito de este trabajo, elaborado a la luz de la carta encíclica *Laudato si'* del papa Francisco, es mostrar que el ser humano, por ser cualitativa y ontológicamente superior al ser de la naturaleza física, tiene su primera y original casa no en la naturaleza física, sino en la naturaleza humana misma, siempre irreducible a la naturaleza física. Las consecuencias de este principio son muy claras. Si el hombre no respeta las leyes inmanentes inscritas por Dios Creador en el corazón mismo de su ser, ¿Cómo va a respetar éste las exigencias del ser de la naturaleza física?

Por consiguiente, el respeto del medio ambiente, tan maltratado en la actualidad y tan gravemente herido por la acción del hombre, supone la curación moral y religiosa de la persona humana, a fin de que ésta, convertida a su verdadero ser, comience a respetar su casa más propia y genuina, su ser teologal y su ser social, y pueda entonces comenzar una relación de amistad con la naturaleza física, lo cual significa la llegada a la meta, que es el advenimiento de la ecología integral.

PALABRAS CLAVE

Ecología humana, Naturaleza física, Naturaleza humana, Ecología física, Ecología integral.

* El texto del presente trabajo, que ahora ve la luz en la revista *Anales Valentinus*, reproduce el contenido de una conferencia dictada por su autor el 3 de noviembre de 2016 en el espacio “Días académicos” del Departamento de acción pastoral de la universidad *Cardenal Herrera* (CEU), dirigido por el Dr. D. José-Francisco Castelló Colomer, capellán mayor de dicha universidad. Su origen se encuentra en el texto de la conferencia *La raíz de toda crisis ecológica y de su solución*, pronunciada por el autor el 4 de marzo del mismo año en el curso del Congreso Internacional de Ecología celebrado en la sede central de la universidad católica “San Antonio”, de Murcia. La publicación de este texto en *Anales Valentinus* ha sido posible con la autorización del presidente de esta institución universitaria, Excmo. Sr. D. José-Luis Mendoza Pérez, al que damos gracias por su gentileza.

** Arzobispo emérito de Zaragoza. (España).

ABSTRACT

The purpose of this work, elaborated by the light of the encyclical letter *Laudato si'* of the holy Father pope Francis, is to show that human being, for being qualitative and ontologically superior to the being of physical nature, has his first and original home not in physical nature, but in human nature itself, irreducible always to physical nature. The consequences of this principle are very clear. If man does not respect immanent laws written by God Creator in the very heart of his being, how is he going to respect the exigencies of being of physical nature?

Therefore, the respect of the environment, actually so mistreated and gravely injured by the action of man, previously imply the moral and religious recovery of man himself, in order to man, converted to his true being, starts respecting his most proper and genuine home, his theological and social being, and so he can start a friendship with physical nature, to which it will mean the arrival to the goal, that is the integral ecology.

KEY WORDS

Human ecology, Physical nature, Human nature, Physical ecology, Integral ecology.

El 24 de mayo del pasado año de gracia de 2015, solemnidad de Pentecostés, el Obispo de los romanos y Pastor universal, por la gracia de Dios y de la Iglesia Santo Padre Francisco, hacía pública “Urbi et orbi”, junto a San Pedro del Vaticano, su segunda carta-encíclica *Laudato Si'* (= LS), sobre el cuidado de la casa común. La primera, *Lumen fidei*, había visto la luz el 29 de junio de 2013, en plena celebración del *Año de la fe*.

La casa común es la casa de todos los hombres, la οικία τῶν παντῶν, la casa exterior, por así decir, de los seres vivientes, ese seno fecundo y ubérrimo, esa “madre bella que nos acoge entre sus brazos” (LS 1) y que, como dice san Francisco de Asís en el *Cántico de las Criaturas*, es también nuestra hermana.

1. ESTADO LAMENTABLE EN QUE SE ENCUENTRA EL PLANETA TIERRA O CASA SEGUNDA DEL HOMBRE

Sin embargo, esa madre solícita y tierna hermana nuestra, que, como sigue diciendo “il poverello d’Assisi”, “nos sustenta y gobierna y

produce frutos variados con flores de colores y [abundante] hierba”, no goza hoy precisamente de buena salud. Ella, la naturaleza, no está ya lozana y radiante como en el principio, cuando salió pura y virgen de las manos del Creador, antes de que el hombre cometiera el primer pecado mortal de la historia. Por eso, no es tampoco lo que Dios soñó al crearla ni responde a su proyecto de paz, de belleza y de plenitud (LS 53). Al contrario, como la malhadada Hécuba, la esposa de Príamo, expulsada del palacio real ardiendo en llamas por la astucia criminal de los muy ladinos dánaos, la dulce hermana y madre naturaleza, que, tan contenta, sonreía en los orígenes a su hermano el hombre, yace ahora postrada y víctima de graves enfermedades que la afligen.

Veámoslo por lo menos sucintamente. Dedicado a la contemplación “de lo que le está pasando a nuestra casa común” (LS 17-60), el cap. I de LS hace un breve examen de los fenómenos sobrevenidos a la naturaleza después del pecado, pero especialmente en los dos últimos siglos, unos fenómenos que provocan en la hora presente una fuerte inquietud y que no podemos ya ocultar por más tiempo, fingiendo su inexistencia o su presunta irrelevancia. Tales fenómenos se advierten no sólo en el suelo, en el agua y en el aire, sino también en los mismos seres vivientes en cuanto criaturas de este mundo, en cuanto miembros también de la οικία común.

Comenzando por el aire, existen hoy formas de contaminación que afectan diariamente a las personas, y a veces de modo grave. Enfermamos, por ejemplo, a causa de la inhalación de elevados niveles de humo procedente de los combustibles de que nos servimos para uso doméstico. A ello se suma la contaminación debida al transporte, al humo de la industria, a los depósitos de sustancias que contribuyen a la acidificación del suelo y del agua, a los fertilizantes, insecticidas, fungicidas, controladores de malezas y agrotóxicos en general (LS 20). Hay que considerar también la contaminación producida por los residuos, incluyendo en éstos los deshechos depositados en los distintos ambientes. Tanto es así que la Tierra, nuestra casa exterior, parece estar convirtiéndose paulatinamente en un inmenso estercolero (LS 21).

En cuanto al clima, ese gran bien común, de todos y para todos, se da hoy un consenso científico muy sólido que indica nos encontramos ante un preocupante calentamiento del sistema climático, que puede acarrear funestas consecuencias (LS 23).

Otros indicadores de la situación actual –prosigue el Papa felizmente reinante– tienen que ver con el agotamiento de los recursos naturales.

Por ejemplo, el agua potable y limpia representa una cuestión de primérrima importancia, porque es indispensable para la vida humana y para sustentar los ecosistemas terrestres y acuáticos. Pues bien, si la provisión del precioso líquido había permanecido hasta ahora relativamente inalterada, en no pocos lugares del mundo la demanda está ya comenzando a superar la oferta sostenible. Y un problema particularmente serio es el de la calidad del agua disponible para los pobres, lo que se da con demasiada frecuencia en África (LS 25-29). Finalmente, el deterioro constante de la calidad del agua disponible hace que en algunos lugares se agudice la tendencia a privatizar este recurso necesario y escaso, convirtiéndolo en mercancía regulada por las leyes del mercado, lo que constituye un flagrante atentado contra el derecho humano básico, fundamental y universal del acceso al agua potable y segura (LS 30).

Otro fenómeno objeto de preocupación es la pérdida de la biodiversidad. Cada año desaparecen miles de especies vegetales y animales que ya no podremos conocer, que nuestros hijos ya no podrán ver y que se pierden para siempre. Y, sin embargo, no pocas de estas especies son necesarias para el buen funcionamiento de los ecosistemas y juegan un papel crítico fundamental para estabilizar el equilibrio de determinados espacios geográficos (LS 34).

Por último, la crisis ecológica que hoy sufre el planeta Tierra se percibe también en el deterioro de la calidad de la misma vida humana y en la degradación social. Tal deterioro y tal degradación afectan a todos, pero resultan singularmente visibles en los pobres. Bastará que cite, para ilustrar la afirmación tan rotunda como verdadera del Pontífice, unos cuantos ejemplos. En las grandes ciudades actuales hay barrios que, aun siendo de reciente construcción, están congestionados, cunde en ellos el desorden y carecen de espacios verdes suficientes (LS 44). En otros lugares urbanos y rurales, se han creado urbanizaciones ecológicas sólo al servicio de unos pocos, procurando así evitar que otros vengan a molestar una tranquilidad a todas luces artificial. Del mismo modo, encontramos a veces una ciudad bella y llena de espacios verdes bien cuidados en algunas áreas seguras, pero no así en zonas menos visibles en las que viven los descartables y excluidos de la sociedad (LS 45), los parias de la Tierra.

Pasando a otros campos, hoy el agotamiento de las reservas ictícolas perjudica especialmente a los que viven de la pesca artesanal y no tienen cómo reemplazarla; la contaminación del agua afecta particularmente a los más pobres, quienes no tienen posibilidad de comprar

agua envasada; y la elevación del nivel del mar afecta principalmente a las poblaciones empobrecidas, que no tienen otros espacios a los que trasladarse (LS 48).

Dicho en síntesis con palabras de la Conferencia Episcopal de Bolivia en 2012, traídas a colación por el Sucesor de Pedro en el texto de la Carta-Encíclica (cf LS 48), “tanto la experiencia común de la vida ordinaria como la investigación científica muestran que los más graves efectos de todas las agresiones ambientales los sufre por lo general la gente más pobre”.

A partir de lo hasta aquí expuesto, dos conclusiones verdaderamente aterradoras saltan a la vista, a saber, que la degradación de la naturaleza o degradación medioambiental es una realidad patente, un dato que en modo alguno puede ocultarse; y que semejante degradación en el mundo natural o casa común es concomitante con la degradación humana, observable de modo evidente, como vamos a ver enseguida, en la casa interior e inmediata del ser humano, esto es, en la casa en que vive y se desarrolla la naturaleza humana misma, en el ser psicosomático del bípedo erecto, en el núcleo más íntimo de la persona humana, el cual, por mucho que le duela al reduccionismo animalista defendido por Peter Singer, trasciende cualitativa y ontológicamente a los seres naturales.

Así las cosas, concluye el Papa que “el ambiente humano y el ambiente natural se degradan juntos y que no podremos afrontar adecuadamente la degradación ambiental si no prestamos atención a causas que tienen que ver con la degradación humana y social” (LS 48), pues la degradación de la naturaleza humana comporta siempre la degradación del ambiente natural o naturaleza física en donde se ubica y vive la naturaleza humana.

2. ESTADO NO MENOS LAMENTABLE EN QUE SE ENCUENTRAN LA NATURALEZA HUMANA Y SU MUNDO INTRÍNSECAMENTE PROPIO E INMEDIATO

Pero ¿Está realmente degradada la naturaleza humana? Sí lo está. También la naturaleza humana y su mundo ontológicamente inherente se encuentran en mal estado. Y los indicadores que acusan la presencia de este hecho son dos antropologías hoy en vigor que aspiran a ser dominantes.

La primera de tales antropologías, de sesgo marcadamente naturalista, disuelve al ser humano en el seno de la naturaleza misma, considerada ésta como una diosa, como la “*natura naturans*” de la física cualitativa de Giordano Bruno, de Paracelso, de Goethe, de Schelling y, últimamente, de la “*New Age*”, lo que supone la negación del salto cualitativo existente entre el ser del hombre y el ser de la naturaleza.

Y la segunda de estas antropologías, también falsa, niega la existencia de una naturaleza o de un *ser-en-sí* en la persona humana, aduciendo como razón que el hombre es libertad, libertad pura, absoluta, y, por ende, un *multiversum* ayuno de causalidad eficiente, de causalidad formal y de toda teleología.

Pues bien, ambas antropologías, cada una a su modo, atentan contra aquellas estructuras objetivas y necesariamente vinculantes en las que el hombre, en virtud de su salto ontológico respecto del ser de la naturaleza, se encuentra instalado a priori por su misma constitución formal. Este mundo a priori, previo al medio ambiente natural, es justo el ambiente humano o hábitat originario del ser del hombre, un ambiente o hábitat constituido por una serie de estructuras fundamentales de la vida del hombre que son objeto, no de la ecología física, sino de la ecología humana, un concepto fecundo acuñado por san Juan Pablo II (cf. CA 39).

Tales estructuras constituyentes de lo específicamente humano se corresponden con los tres horizontes de la persona, a saber, el horizonte teologal, el horizonte sociocultural y el horizonte cósmico.

El primero de estos horizontes asoma en el hombre a través de su encontrarse siempre y a priori religado a Dios. Esta estructura a priori, la religación, funda, justifica y legitima, como intrínsecamente humanas, la naturaleza religiosa del hombre y, por tanto, la urgencia de la razón de plantearse el problema de la posibilidad de la demostración racional de la existencia de Dios como “*ens-a-se*”.

El segundo horizonte es de orden sociocultural y cobra realidad en la persona a través de las así llamadas realidades temporales.

La primera realidad temporal es el matrimonio, fundamento de la familia, y la familia misma, célula vital de la sociedad. Pues, desde el amor indisoluble del varón y de la mujer en el matrimonio viene al mundo la vida; y las personas que viven en la familia, padres e hijos, preguntan en ella la felicidad eterna a la que están llamadas.

La segunda realidad temporal íntimamente conexas con la naturaleza humana es la cultura en sus distintas manifestaciones, gracias a la cual el ser humano va pasando paulatinamente de la potencia al acto, se perfecciona y culmina así su proceso de humanización.

Ahora bien, el modo como el hombre pasa de la potencia al acto por medio de la cultura es el trabajo. El trabajo, en sus distintas modalidades, crea la cultura.

La cuarta realidad temporal del ser humano, habida cuenta de su condición de ser indigente y de ser social, es la vida económica o actividad mediante la cual se procura aquél el sustento necesario para mantenerse en vida y ayuda a los demás al cumplimiento de este mismo fin.

La quinta realidad temporal, derivada también de la dimensión social del hombre, es la comunidad política, la cual persigue, mediante sus estructuras y organismos propios, la búsqueda y la prosecución del bien común, que es el bien de todo el hombre y de todos los hombres.

Y, derivada así mismo de la naturaleza social del hombre, nos sale al paso la comunidad internacional, con sus reglas fundamentales y su organización peculiar. Su vocación consiste en el logro de la unidad y de la comunión de toda la familia humana, en la consecución, en fin, de la gran aspiración de la humanidad a que el hombre, contrariamente a la tesis pesimista mantenida por Hobbes, deje de ser pacíficamente “un lobo para el hombre”.

La promoción de la paz es también una realidad inherente a la naturaleza social del hombre. Se trata, eso sí, de la paz verdadera, no de la “pax romana”. Porque hablamos de la paz que es fruto de la justicia, la cual brota a su vez de la verdad y de la caridad, con la ayuda necesaria del perdón, como señaló de forma tan realista san Juan Pablo II, al hilo del desarrollo de la doctrina al respecto del beato Pablo VI.

Finalmente, el tercer horizonte u horizonte cósmico se muestra en el hombre a través de la vocación natural sentida por éste de salvaguardar el medio ambiente, de cuidar con esmero la naturaleza. En efecto, íntimamente religado al mundo en cuanto *espíritu-encarnado*, el hombre participa ontológicamente del ser del mundo, pues es fruto del barro de la tierra. Pero, en cuanto espíritu, trasciende cualitativamente el ser del mundo, del que él es rey y custodio. Como dice la exquisita sabiduría de las grandes religiones que emerge del Génesis judío-cristiano, “el Señor Dios modeló al hombre de arcilla del suelo, sopló en su nariz un aliento de vida, y el hombre se convirtió en un ser vivo. Entonces el

Señor Dios plantó un jardín en Edén, hacia oriente, y colocó en él al hombre que había modelado (Gn 2,7-8) [...] para que lo guardara y lo cultivara (Gn 2,15b)”.

No obstante, aun estando estos tres horizontes como grabados a fuego en lo más hondo del ser humano, su percepción por éste se ve siempre amenazada por los efectos del pecado original y de los pecados actuales. De este modo, fácilmente podemos constatar cuán injusto es el hombre con el ser de su constitutiva religación a Dios. Así lo muestra de modo eminente, por ejemplo, el fundamentalismo laicista contemporáneo, en los países de occidente, que no tolera se afirme siquiera ser el hombre religioso por naturaleza. Esto supuesto, a nadie extrañará que el hombre moderno, desde el Renacimiento hasta nuestros días e independientemente de sus parábolas descritas, haya atentado gravemente, en virtud de su *forma mentis* prometeica, contra sí mismo, contra su casa interior y contra la casa común o naturaleza. A él se refiere tácitamente, pero con gran preocupación, el art. 36 de GS cuando afirma que la mayor tentación del hombre contemporáneo estriba en reivindicar para sí la autonomía absoluta, lo que implica la negación abierta de su ser creatural y, por ende, de su radical heteronomía. Ello no va, por supuesto, en detrimento de la legítima autonomía del ser humano, la cual deriva de su estatuto ontológico de persona, lo que le hace estar dotado de razón y de libertad. Y esto implica la capacidad real existente en él de conocer la verdad y de ser dueño y responsable de sí mismo, de su propio ser y del ser del mundo.

Y, en las antípodas del fundamentalismo laicista de nuestro tiempo, propio del hombre occidental, se encuentra el fundamentalismo religioso, de matriz oriental, que, sobre todo en sus formas violentas, homicidas y suicidas, se empeña en forjar una imagen de Dios que nada tiene que ver con el verdadero rostro de éste. Bien lo dejó claro de una vez para siempre Benedicto XVI en su tan discutido discurso tenido en la universidad de Ratisbona.

Y lo que ocurre en el horizonte teologal de la persona, olvidado o mal vivido por ésta, según los casos, se da también en el horizonte humano sacro del matrimonio y de la familia. Porque, si queremos ser fieles a la verdad, por fuerza habremos de reconocer ¡cuán lejos de su verdadera esencia se encuentra hoy esta realidad natural sagrada! La vida humana, cuyo santuario es la familia fundada sobre el matrimonio indisoluble, biparental y monogámico, es pisoteada con frecuencia por

medio del aborto buscado y de la anticoncepción, que ciega las fuentes de la vida. Y los ataques abiertos contra la vida se dan también contra el amor de los cónyuges, como muestran cada día la desconexión entre sexo y amor y la tan transgredida ley de la necesaria vinculación del amor al matrimonio.

Respecto del trabajo, es éste combatido tanto en su dimensión subjetiva como en su dimensión objetiva. Así mismo, se conculca no pocas veces el derecho al trabajo, dando lugar a situaciones escalofrantes, como ocurre hoy en Europa y particularmente en España. Tampoco los sindicatos están siempre a la altura de las circunstancias. Y, por último, surgen hoy mecanismos perversos al servicio de la empresa que, para lograr ésta más pingües ganancias, sustituyen sistemáticamente la mano de obra con el inmenso poder de las máquinas robóticas.

En relación con la cultura, no siempre es ésta expresión del verdadero ser del hombre. ¡Cuántas realizaciones culturales distan de hacer justicia a la causa humana! Y ¡cuántas formas de cultura ofrecen falsas imágenes del ser humano!

En lo que atañe a la vida económica, no siempre se respetan el destino universal de los bienes y la opción preferencial por los pobres. Buena prueba de ello es la escandalosa diferencia existente entre la situación económica del Norte del Planeta y la situación de los países del Sur, enormemente pobres, como tan acertadamente señaló san Juan Pablo II en su carta-encíclica *Sollicitudo rei socialis* de 1987. Y, en lo que se refiere a los sistemas económicos, sigue en pie la polémica entre el capitalismo de Estado, propio de los países en donde se ha venido aplicando el así llamado por Engels “socialismo científico”, que, por cierto, allí en donde se impuso sólo trajo miseria y falta de libertades, y el capitalismo liberal, que, aun habiendo enarbolado la bandera de la libertad y del respeto de la dignidad del sujeto, no se quedó tampoco corto en lo que a la generación de miseria se refiere, una miseria que implica siempre la falta de libertad real. Ambos sistemas son finitos, tienen que soportar las heridas del pecado de los hombres que están a su cuidado y, consecuentemente, deben ser redimensionadas sus pretensiones por una conciencia crítica realmente lúcida que ponga de manifiesto sus limitaciones e insuficiencias y los fuerce a corregirse en profundidad. Como decía san Juan Pablo II en CA 26, “la crisis del marxismo no elimina en el mundo las situaciones de injusticia y de opresión existentes, de las que se alimentaba el marxismo mismo,

instrumentalizándolas”. Muchos de nosotros recordamos todavía lo mal que sentó en la *White House* norteamericana el referido aserto del Pontífice santo.

En cuanto a la comunidad política, que tiene como fin la búsqueda y la prosecución del bien común, las lacras que aquélla soporta son también muy visibles, particularmente en lo que se refiere al concepto de justicia que se esgrime y a la valoración optimista del ser de la democracia como sistema político perfecto y sin fisuras. Porque, si somos sinceros, ¿cómo nos atrevemos a proclamar perfecta una democracia sin valores morales vinculantes? ¿Acaso no se incurre en positivismo jurídico y político cuando se afirma que el contenido de la justicia no es prepolítico ni metapolítico, sino simplemente político? Bien lo denunció el sabio papa alemán Benedicto XVI en los números 28 y 29 de su primera encíclica *Deus caritas est*. Y, en otro orden de cosas, ¿sería realmente legítimo dar por bueno un gobierno de coalición en el que se acabara imponiendo, no la doctrina de los grupos mayoritarios de la sociedad, sino la de un grupo socialmente exiguo empeñado en no ceder en modo alguno a sus pretensiones de poder político y, sin embargo, necesario para cerrar una determinada coalición? He aquí un interrogante grave que se formuló san Juan Pablo II en tres de sus cartas-encíclicas, concretamente en CA, VS y EvV.

Dando un paso hacia adelante, también en la comunidad internacional se observan profundas grietas. Intentemos ser de nuevo sinceros. ¿Qué valor tienen en la práctica las decisiones tomadas por las organizaciones internacionales? ¿Acaso no se imponen casi siempre al final la decisión de las grandes potencias o el simple principio del respeto a la decisión tomada por cada uno de los estados soberanos? En cuanto a la promoción de la paz, asistimos con demasiada frecuencia a la constatación de su fracaso, que es la guerra. Además, por mucho que se proclaman la urgencia del desarme y la condena del terrorismo, los inocentes siguen sin protección eficaz y las medidas que se toman contra quienes amenazan la paz resultan por lo general ineficaces.

Finalmente, la necesidad de salvaguardar el medio ambiente en el que el hombre hace pie y planta su casa interior no es percibida como urgente, su satisfacción se deja por lo general para después, para más tarde, y las medidas que se toman son a menudo paños calientes. Lo cual es, por otra parte, bastante explicable, pues, como ya advertía Benedicto XVI en su carta-encíclica *Caritas in veritate* de 29 de junio de 2009, es necesario

que se insista en la necesidad de una ecología del hombre bien entendida, cosa que no siempre sucede, pues la degradación de la naturaleza está estrechamente unida a la cultura que modela la convivencia humana. De este modo, cuando se respeta la ecología humana en la sociedad, también la ecología ambiental se beneficia. Porque el sistema ecológico se apoya en un proyecto que abarca tanto la sana convivencia social como la buena relación con la naturaleza. Los deberes que tenemos con el ambiente natural guardan relación con los que tenemos con la persona, considerada ésta en sí misma y en su relación con los demás. No se pueden exigir unos y conculcar otros. Por tanto, no esperemos que vayamos a cuidar bien la naturaleza, si no cuidamos previamente bien de nosotros mismos y de lo nuestro.

Perdonad que insista. No podemos preocuparnos por el ambiente natural sin preocuparnos por la degradación humana y social. Cuidar de la persona, de la familia, de las pequeñas comunidades, trabajar por la participación en la vida social, luchar por la defensa de los derechos humanos y de la justicia es absolutamente necesario y constituye el primer paso para preservar el ambiente natural que todos tenemos que cuidar por el bien de todos y por el bien de las generaciones futuras.

El responsable, pues, del estado lamentable en que se encuentran el ambiente natural o casa común y la persona humana, con su mundo inmediato propio, es el hombre, al cual le estaría pasando hoy algo así como lo que les sucedía a los presbíteros-obispos no idóneos de que habla san Pablo en las Cartas pastorales (cf. 1Tim 3,4-5). Estos tales, dice el Apóstol, no se tomaban en serio a sí mismos ni gobernaban bien su propia casa. Por tanto, si no sabían regir lo suyo y se estrellaban en la dirección de sus personas y de su propio hogar, ¿cómo se les iba a confiar el cuidado de la Iglesia de Dios? De ahí que san Pablo le encargue al episcopado Timoteo que procure conocer bien a fondo a aquellos a quienes lleve la intención de imponer las manos.

Dicho en síntesis, sólo la “conversión ecológica integral”, esto es, sólo la conversión del hombre a sí mismo, a su verdadero ser, hará que éste deje de destruir su persona y de derruir su propia casa, su casa primera; cese de asestar golpes a la casa común o naturaleza, madre y hermana del hombre; y entre, una vez enmendado de sus errores y pecados, por el camino que conduce al ejercicio del cuidado de sí mismo y al ejercicio del cuidado de la ecología integral, esto es, de la humana y de la física.

3. LA CONVERSIÓN DE LA PERSONA HUMANA AL SER DE SÍ MISMA Y DE SU MUNDO PROPIO COMO CLAVE DE LA SUPERACIÓN DE TODA CRISIS ECOLÓGICA

Llegamos con ello al núcleo mismo de nuestro tema, que es la cuestión del ser del hombre, una cuestión que constituye el “*articulum stantis et cadentis oecologiae integralis*”. Dicho más llanamente, la ecología natural y la ecología humana, las dos flexiones de la ecología integral, se mantienen en pie o se derrumban según que el hombre se levante y se mantenga sobre suelo firme o, por el contrario, caiga en el precipicio, siempre abierto ante sus pies, y se hunda en el abismo. La clave es, pues, el ser del hombre y, por supuesto, la actitud de éste ante su propio ser.

¿Qué es el hombre? ¿Hace bien éste y se comporta moralmente de acuerdo con su ser cuando se lanza contra sí mismo, ataca sin piedad su propia casa y se revuelve, furioso, contra la naturaleza, convirtiendo ésta en el desierto en que él previamente se ha convertido a sí mismo? Más todavía: ¿qué imagen falsa de sí se ha venido labrando el hombre durante los tres últimos siglos como para que éste amenace hoy en convertir la tierra, a personas y cosas, en un desierto sin oasis y solamente habitado por crócalos y por serpientes de cascabel? Porque la gradación es clara y patente. El envilecimiento del hombre ha hecho que éste se autoanulase, destruyera su mundo humano y atentara también contra la naturaleza, la casa segunda y común de todos. En el fondo, la deforestación llevada a cabo por el hombre consigo mismo ha desertizado su casa y ha vuelto árida la naturaleza. Más de una vez ha advertido Benedicto XVI acerca de la correspondencia entre los desiertos físicos del Planeta y los desiertos espirituales de las personas que lo habitan.

Ahora bien, ¿cómo ha llegado el hombre a este falso puerto, a esta equivocada diagnosis de sí mismo, de su “Umwelt” inmediato y del mundo natural? La causa se encuentra, digámoslo ya de entrada, en una determinada antropología, en una imagen falsa que el hombre se ha venido forjando de sí mismo.

En efecto, dejando aparte la antropología contemplativa, basada en la física cualitativa, a la que antes nos hemos referido y que ha venido influyendo mucho menos, el hombre moderno se sintió Prometeo en los albores del Renacimiento y quedó hechizado por esta utopía vana. Tanto es así, que, seducido por la “autogloria del espíritu”, según la conocida expresión de Von Balthasar, el hombre moderno, pues el postmoderno es

como una variante del moderno, ha tenido la osadía de dar tres saltos en el vacío, lo que le ha supuesto caerse por tres veces del trapecio frágil al que orgullosamente se había encaramado y darse estrepitosamente sobre el suelo duro, muy duro, de la terca realidad de las cosas. “Soy Prometeo, y Prometeo seguiré siendo por mucho que pese a dioses y a demonios, al cosmos mudo y a los hombres”. Ése fue, más o menos, el grito de guerra de F. Nietzsche en pleno siglo XIX, un grito del que el autor de *Así habló Zaratustra* se arrepentiría en el otoño de 1882,¹ ya en la última fase de su vida, pero en plena posesión de sus facultades y, por tanto, muy autoconsciente del alcance de lo que decía. La actitud de Nietzsche define el verdadero espíritu de la modernidad, un espíritu que constituye la esencia de lo que se ha venido en llamar, parafraseando al sabio padre jesuita Henry de Lubac, “ateísmo antropológico”, causa última y sustrato de todos los ateísmos. Con razón escribió X. Zubiri en su trabajo sobre la religación del hombre a Dios de 1944 que la causa última del ateísmo se encuentra en la soberbia.

Primer salto en el vacío

Pero volvamos al hilo conductor del discurso. El primer salto en el vacío dado por el hombre moderno es el olvido del ser y el centramiento consiguiente de sí mismo en el pensamiento sustantivado, esto es, en la “res cogitans” cartesiana, en la razón pura (*reine Vernunft*) de Manuel Kant. Dicho con la expresión del gran Descartes, el único ser de cuya existencia no se puede dudar es el pensamiento. El pensamiento, pues, lo determina todo.

De este modo, toda la Ilustración quedará configurada por el despotismo de la pura razón, la cual es divinizada y elevada a la categoría de absoluto. Muy en segundo plano queda todo lo demás, que tendrá mayor o menor importancia según esté o no esté penetrado por la racionalidad pura. No en vano decía Francis Bacon que la naturaleza tenía que comportarse según las leyes con que la estructurara la razón humana. La naturaleza existe para obedecer al hombre y hay que forzarla a ello. Y, en la mente de Kant, la naturaleza se mostraría como un caos de

¹ Cf. C.A. BERNOULLI, *Franz Overbeck und Friedrich Nietzsche. Eine Freundschaft. Nach ungedruckten Dokumenten und in Zusammenhang mit der bisherigen Forschung dargestellt*, I, Eugen Diederich, Jena 1908, 250.

sensaciones y estaría llamada a ser comprendida y estructurada mediante la aplicación a ella de las categorías a priori del entendimiento. Tal es el presupuesto epistemológico, más o menos explícito, de la ciencia experimental moderna.

Dicho en síntesis, lo que cuenta es la razón, lo racional puro. En el fondo, se trata de Prometeo, que nos muestra su rostro de amo total del mundo a través de la razón pura que lo personifica.

Segundo salto en el vacío

Pasando ya a la contemplación del segundo salto en el vacío, no pensemos que el espíritu prometeico, muerto Hegel en 1831, se apaga con el ocaso de la Ilustración. El espíritu de Prometeo, fondo o sustrato último del alma moderna, resurge curiosamente de las cenizas de la Ilustración a través de los más feroces enemigos de ésta, los “maestros de la sospecha”, como Schopenhauer, Nietzsche, Freud y otros. Tanto es así que, si Prometeo había reinado y dominado antes en el mundo por medio de la razón pura, ahora lo va a hacer de nuevo, pero a través de la proclamación de la libertad como nueva diosa. Si, en tiempos de la Ilustración, lo absoluto había sido la razón pura, ahora el absoluto es la libertad, pero no la libertad derivada de la racionalidad pura ni de la verdad, sino la libertad del sujeto singular y concreto, la libertad que emerge del yo empírico, la libertad de acoger sin miedo y sin reservas aquello que nace de dentro del sujeto, de dentro del corazón dionisíaco humano, sin la oposición de imperativo categórico alguno, filosófico o religioso, que condicione, reprima o se atreva a proponer actitudes o actos contrarios a lo que emerge de la inmanencia del sujeto singular.

Tercer salto en el vacío

Pero se imponía dar un nuevo salto, pues el hombre no podía quedar sólo en manos de su libertad y sin apoyo teórico alguno para lograr las metas que se propusiera. Pues ¿de qué le iba a servir al hombre ponerse en camino para hacer realidad sus aspiraciones si, a la postre, le iban a faltar las mediaciones necesarias para cumplir el objetivo perseguido por su voluntad libre y hegemónica? No se olvide que poder implica siempre tener. Sin tener, el poder es poca cosa.

Por eso, éste es justo el momento en que el hombre moderno-contemporáneo va a dar el tercer salto mortal, el salto de la libertad a la razón. Pero no a la razón metafísica preilustrada, para él ya definitivamente enterrada por la Ilustración; tampoco el salto a la razón pura práctica o moral, que frena tantas veces la libertad en vez de espolearla; y tampoco un salto a la razón pura teórica de Kant, que, como ya hemos dicho, había sido liquidada precisamente por la libertad subjetiva de los Maestros de la sospecha. El salto que da el hombre occidental contemporáneo de la libertad a la razón es el salto del yo subjetivo a la *razón instrumental*, una razón esclava y servil, una razón cuyo fin no consiste en buscar la verdad para encontrarla y vivir desde ella, sino una razón llamada a la esclavitud, a ser servidora de los fines establecidos por la voluntad libre del sujeto, sin cortapisas de índole alguna, sin ponerse a pensar si los fines buscados por la voluntad libre del sujeto son acordes con la verdad o intrínsecamente perversos. Por eso, a esta razón la llama Su Santidad Francisco *razón tecnocrática*, entendiendo con esta expresión el ser de una razón identificada con la técnica y con sus posibilidades, que es puesta al puro servicio de un antropocentrismo desmesurado y desviado (cf LS 115 y ss.), de un antropocentrismo surgido justo bajo el signo de Prometeo y, por tanto, luciferino, ávido de rebelión contra Dios y empeñado en volver a crear el universo. Porque nada hay fijo e inmutable, como dicen los teóricos de la *razón instrumental*. Téngase presente que el hombre que resulta de la ideología prometeica no tiene esencia, no tiene naturaleza. Él es sólo libertad y, por ende, su masa corporal, sexo incluido, no es una determinación esencial del ser humano, lo que justifica, por ejemplo, el cambio de sexo tantas cuantas veces el sujeto quiera y aguante. De ahí la declaración programática del feminismo radical según la cual el cuerpo, pura determinación exterior y extrínseca del hombre, sería propiedad exclusiva de una libertad subjetiva que hace con él lo que le viene en gana en cada momento. Asistimos, así, al intento de la autocreación del hombre en virtud de la afirmación de la existencia de una libertad absoluta inmanente. Tal es el supuesto que late debajo de la maleza más profunda de la ideología de género, el fruto más maduro del feminismo radical.

Esto supuesto, la redención del ambiente natural pasa por la redención previa del mundo específicamente humano. Y la curación de éste, del mundo humano, pasa por la conversión previa del hombre a su verdadero ser, contingente y herido, guiado siempre por la ley natural, que es una participación de la ley eterna en la naturaleza racional humana, y

que él puede conocer imperfectamente por medio de la luz natural de su razón y, perfectamente, por medio de la luz sobrenatural de la fe. Tal curación implica la negación tajante del espíritu prometeico, la afirmación de la autonomía relativa del hombre y la vuelta, superados todos los ídolos, al Dios verdadero de Jesucristo, el único al que hay que adorar en vida y en muerte, el único en quien el Padre nos ha reconciliado consigo y el único que, por medio de su Espíritu, puede convertir nuestros corazones de piedra en entrañas de carne que despiden la fragancia, el perfume de la santidad.